

IMAGEN & TERRITORIO

Por Alberto Ayala

Este texto está escrito a propósito de la exposición Katrina —obra del fotógrafo José Kattán, basada en la desaparición de su casa paterna— por su calidad, el trabajo artístico fue uno de los tres proyectos ganadores de las Becas de Creación Local BLOC 2010, otorgadas por Lugar a dudas, Proartes y la Alianza Colombo francesa de Cali.



Cuerpo ausente y memoria en la imagen

Katrina es el resultado del trabajo que José Kattán ha dedicado a la memoria, al cuerpo, a la familia y a la ciudad cambiante, a partir de ese espacio constitutivo de la vida de cada persona: la casa paterna, mostrada aquí en la belleza de su esplendor y de su ocaso que reflejan también la historia familiar. Historia rescatada de un mar de imágenes que el tiempo ha raído y a la vez ha traído para que cobren vida a través del gran *retrato* que compone esta exposición, en la que la arquitectura, la luz, la brisa, el lento ritmo de los pasos de una mujer, el silencio y el olvido, se unen para darnos un testimonio estético de gran valor, tanto por su rigurosa hechura técnica, como por las sugerentes evocaciones que inspira, a partir de la forma como ha sido concebida: desde el álbum fotográfico, la antigua película de 16 mm, los documentos y los objetos que dan fe de los sucesos de la vida, hasta las vigorosas fotografías que dan cuenta de los últimos días de la otrora imponente casa construida de sueños y de trabajo, cerca del río que atraviesa la ciudad, Cali, en el antiguo barrio Santa Teresita.

Cuerpo y memoria

Voces (Fones)

Amadas e idealizadas voces
De aquellos que han muerto, o de aquellos,
Perdidos para nosotros como si hubiesen muerto.
Algunas veces nos hablan en los sueños.
Algunas veces, en las profundidades del pensamiento,
Pueden oírse.
Y con sus voces, por un momento vuelven
Las voces de nuestra primera poesía
—Como distantes músicas que mueren en la noche—

Konstantinos Kavafis.

Para perdurar, la voz tiene el recurso del lenguaje, de lo gramaticalmente articulado; pero para perdurar no solo acude al lenguaje, sino también a aquello que más que de la cabeza, sin pedir permiso sale de las entrañas: la voz también se hace grito que repercute como expresión de lo incommensurable y aún inefable en nosotros: grito de alegría, grito de

miedo, grito de decisión, grito de tragedia, de angustia o de esperanza... grito que impulsa o paraliza, que perdura en el tiempo y por eso es memoria.

Como el grito de la voz, el lenguaje de la luz, en el caso de *Katrina*, es un silente grito que resuena entre la retina y la ausencia: la fotografía, esa vicaria presencia que objeta el tiempo a partir de un relato familiar. No por tratarse de la familia del artista, sino por ser un relato hecho con algo absolutamente familiar a nuestro tiempo y a nuestras vidas; o quién no ha tratado de dejar en una foto la memoria de su casa, de su calle, de sus padres o del ser amado. Ese es el estatuto de su familiaridad, de su cercanía con el espectador.

Katrina es un relato que incita no solo a volver, sino a re-volver, a des-andar, a detenerse para pensar y sentir lo que pulsa la imagen. Una imagen que por lo demás, no tiene unidad de medida, porque la dimensión que alcanza va mucho más allá de su materialidad. ¿O cuál sería, sino nuestra sensibilidad y capacidad de imaginar, la medida de la forma que configuran esas viejas y lejanas, o nuevas pero también lejanas fotos? Ellas son el grito de lo que perdido como cuerpo, como construcción, empieza a habitar en nosotros como imagen y por lo tanto habilita la posibilidad de ser de nuevo relato, es decir, perduración.

Cuerpo y memoria de la ciudad

La ciudad debe ser edificante. Lo que de la ciudad es edificante para el ser humano es lo que este lleva en su memoria. ¿Qué es, pues, lo edificante de la ciudad para nosotros?

Como el agua forma cauces, también las líneas de la arquitectura componen, diríamos, un cauce en la *arquitectura del ser*, a partir de una suprema elaboración sensible que convoca técnica, intención y conocimiento; líneas que indican un rumbo estético que ordena humanamente, a escala humana quiero decir, el territorio en el que nos asentamos. Son líneas trazadas por la arquitectura que no necesariamente corresponden a los hitos, a sobresalientes y emblemáticas construcciones que quedan en los anales de la historia. Son esas líneas que construyen nuestra cotidianidad: la línea del andén del que carecemos, de la calle que desaparecemos, de la cuadra que estallamos, de la plaza que abandonamos o del pequeño parque del barrio que ya olvidamos; líneas que constituyen el mundo al que se ase, se aferra, una colectividad en el día a día, y del que son responsables quienes edifican



el entorno urbano y arquitectónico mediante la casa o la tienda, la escuela o el templo, el bar o la alameda. Casa que debe proteger, tienda donde han de encontrarse los vecinos, escuela donde, ojalá, se recreen los niños, templo donde admiremos la luz, bar donde intimemos, alameda donde el espíritu extienda sus límites...

La importancia de todo esto está en que hará parte de nuestra memoria y estará presente avivando el sentido que le otorguemos a las cosas una y otra vez, renovándolas. De ahí la importancia de entender lo necesario de avivar la memoria, como lo hace *Katrina* que lejos de ser un objeto para poner en la quietud del museo de la nostalgia, se convierte en estribo para alcanzar mayor consciencia frente a lo que hacemos o deshacemos, a lo que dejamos pervivir o a lo que muchas veces por ignorancia o indolencia dejamos arruinar.

Alberto Ayala M, es arquitecto y magíster en comunicación de la U. del Valle. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Icesi, editor de la revista *Papel Escena* de Bellas Artes y asesor en artes escénicas.